

NADIE PUEDE ENCAMINARSE EN EL CAMINO DE LA TRANSFORMACION SI ANTES NO SE CONVIERTE EN DISCÍPULO.

Todos los seres humanos tenemos problemas emocionales debido a los conflictos que hemos tenido en la vida, además del pecado y la muerte que heredamos en Adán. En Cristo tenemos el camino a la liberación. Hay un camino genuino que puede darle inicio al proceso de transformación interior que tanto anhelamos; el Señor Jesús desea que nos parezcamos a Él, de modo que un día lo podamos reflejar, y la manera para alcanzar esta transformación es hacernos discípulos del Señor.

En algún momento de nuestra vida cristiana todos llegamos a un punto en el que experimentamos que nuestra antigua manera de vivir vuelve a resurgir, de tal modo, que hasta nosotros mismos nos asustamos de lo que somos. Algunos creyentes experimentan la pérdida del gozo de su salvación, otros ven que ya no hay cambios en sus vidas, y al contrario, creen que han retrocedido a su antigua manera de vivir. Tal experiencia, paradójicamente, es necesario vivirla porque nos lleva al punto de darnos cuenta que necesitamos ser transformados.

Los que somos verdaderos hijos de Dios, a pesar de vivir ciertas crisis en nuestra fe, siempre tendremos la esperanza de ser transformados y liberados por nuestro Padre celestial. Este camino oscuro surge delante de nosotros en algún momento de nuestra vida, pero la luz empieza a atisbar cuando decidimos convertirnos en discípulos del Señor. Tal vez la mayoría se sientan abrumados al percibir en su interior que su hombre viejo está cobrando fuerza, y más, al saber que éste es un monstruo que puede destruirlos. Todos los Hijos de Dios vivimos esta experiencia de percibir nuestro viejo hombre, pero de igual manera podemos percibir la Vida divina que nos fue dada en nuestro espíritu.

En la Biblia encontramos pasajes que nos hablan acerca de este viejo hombre, tales como:

Romanos 6:6 “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado”;

Efesios 4:22 “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos...”

Colosenses 3:9 “No mintáis los unos a los otros, puesto que habéis desechado al viejo hombre con sus malos hábitos”.

El apóstol Pablo nos dice que la mentira es típica del viejo hombre, y que, en definitiva, sí somos influenciados por éste; por otro lado, también Romanos 6 nos hace ver que el viejo hombre ya fue destruido. Ambos pasajes están en lo correcto; el pasaje de Romanos 6:6 dice que **“el cuerpo de pecado fue destruido...”**. El verdadero sentido de la traducción debería ser: **“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para la desactivación del cuerpo de pecado”**.

En realidad nuestro problema actual es el viejo hombre. Nuestro viejo hombre es el falso “yo”, es el “yo” de nuestro pasado, el cual resultó de la conjunción de nuestra genética caída más los programas emocionales que hemos desarrollado a lo largo de nuestra vida. Cuando vemos personas que no pueden dejar de fumar, o que tienen amarras a la pornografía, a la gula, a la borrachera, o a cualquier otro vicio del alma, es muy probable que sea a causa de los programas emocionales que se gestaron desde su infancia.

En nosotros mismos está el detonante para que nos encaminemos a la transformación, y ésta se hace efectiva cuando nosotros nos disponemos a convertirnos en discípulos del Señor. Tenemos que entender que según Dios todos los que somos Sus hijos, tenemos que ser Sus discípulos. En

lo natural es incongruente y desnaturalizado que un hombre procrea hijos y que no se dedique a ser su tutor, pero aunque así suceda en algunos casos, Dios no es así, Él quiere que nosotros lleguemos a ser configurados a Su imagen y semejanza.

Dios ya decidió que todos los creyentes nos convirtamos en Sus discípulos, ahora, la pregunta es: ¿Hemos aceptado nosotros esta realidad? En su infinito amor y misericordia, el Señor todos los días está tratando de enseñarnos algo, todos los días nos lleva de gloria en gloria, tal como dijo el apóstol Pablo: **“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”** (Filipenses 1:6). Dios, por Su parte nunca dejará de enseñarnos y entrenarnos como Sus discípulos, el asunto es que nosotros muchas veces nos desubicamos de ese plano. Es como en lo natural, muy importante es que el maestro imparta bien las clases a sus alumnos, pero no menos importante es que los alumnos atiendan lo que les dice su maestro. Dios por su lado siempre nos enseña, entonces, vale la pena preguntarnos: “¿Hemos aceptado nosotros ponernos en el plano de discípulos?”. El problema para alcanzar la transformación no estriba en Dios, sino en nosotros que no nos disponemos a permanecer en el plano de ser discipulados.

Un buen maestro lo que hace primeramente con sus alumnos es hacerles ver que no saben nada, y demostrarles que lo que creen saber no sirve. No hay alumno más enfermizo e inepto para aprender que aquel que se cree igual a su maestro. El Señor Jesús en una ocasión dijo: **“El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro”** (Lucas 6:40). Cuando nosotros venimos al Señor, muchas veces nuestro conflicto es que creemos que en un par de semanas ya aprendimos todo lo referente a Dios, y en poco tiempo nos sentimos teólogos. Hay creyentes que vienen al Señor y creen que por haber sido “salvados” ya no tienen conflictos, y que ya todo en sus vidas es felicidad. ¡Cuán lejos están tales creyentes de una verdadera transformación y una vida de victoria!

En los Evangelios el Señor le llamó “discípulo” a todos aquellos que lo siguieron. En otras palabras, el Señor no fue selectivo, sino dejó que todo aquel que quisiera venir en pos de Él, lo pudiera seguir. Esto fue así porque siempre estuvo en el corazón de Dios que el hombre fuera como Él. Todos los que creemos en Jesús podemos llegar a ser como Él. Somos nosotros, los creyentes de esta era, los que no hemos divorciado de una condición de discípulos. Lo que muchos hacen hoy en día es aceptar a Jesús como Su Salvador, pero casi nadie se convierte en un discípulo. Es más fácil decir que somos creyentes en Jesús, que hacernos Sus discípulos, pues, casi nadie quiere pagar el precio del discipulado. Bajo la perspectiva divina, todo aquel que es creyente es candidato a ser un discípulo. Dios no quiere que nos quedemos estancados, cada día que estemos en esta tierra debemos encaminarnos a la transformación. Ni siquiera en una posición de líderes debemos quedarnos estancados, cada vez debemos avanzar en pos de parecernos más a Cristo. Un padre debe parecerse a Cristo, un esposo debe parecerse a Cristo, y así, todos los creyentes debemos ir en pos de esa meta.

Ante los ojos de Dios todos los que hemos nacido de nuevo somos discípulos, pero el verdadero discípulo es el que acepta serlo, es decir, aquel que reconoce que Dios lo necesita como tal. Esto del discipulado no es el único camino que el Señor nos puede revelar para que obtengamos nuestra transformación interior, pero con toda certeza podemos decir que éste es uno de los más eficaces.

Dice Lucas 6:40 **“Un discípulo no está por encima de su maestro; mas todo discípulo, después de que se ha preparado bien, será como su maestro”**.

En este pasaje podemos ver dos cosas:

- a) **El discípulo debe estar por debajo de su maestro.** Esto quiere decir que el discipulado es una etapa en la que el creyente debe aprender a someterse. El que es un verdadero discípulo debe reconocer autoridad; esto no se trata sólo de reconocer que Dios es la autoridad, sino de reconocer Su autoridad a través de los líderes de la Iglesia local. Todo hermano que no acepte

una ordenanza de parte de los líderes no es un verdadero discípulo. Dios ha de inducir a todos Sus hijos al punto de que se rompan sus programas emocionales que los inducen a revelarse a todo tipo de autoridad. Una de las cosas iniciales que debemos aprender en el discipulado es reconocer la autoridad, y no sólo a nivel de Iglesia, sino en todas las esferas. Por ejemplo, los hijos no sólo deben obedecer a los ancianos de la Iglesia, sino que deben ser obedientes primeramente con sus padres. Las mujeres igualmente deben someterse a sus maridos, y los varones también deben aprender a obedecer la autoridad de Dios a través de diferentes maneras. Muchas veces las hermanas son más entrenadas en cuanto a la autoridad porque constantemente se les dice que se sometan a sus maridos, pero muchos varones se vuelven intocables, creen que nadie les debe decir nada por ser la cabeza de la casa. También los varones deben ser discípulos, también los esposos deben romper sus programas emocionales, así como le tocó a Pedro cuando el Señor le dijo: **“Sígueme...”**. Un discípulo tiene que obedecer, tiene que estar entrenado en la obediencia.

- b) ***El discípulo debe de ser preparado con el fin de que llegue a ser como su maestro.*** Esto quiere decir que debemos tener conciencia de que estamos en la escuela del discipulado. Cuando reconocemos que somos alumnos, nos disponemos a ser discipulados.

Si vamos a considerar la ruta que nos ha de llevar a la transformación interior, debemos tener conciencia que uno de los principios que el Señor nos da para que seamos transformados, es que seamos verdaderamente sus discípulos. El discipulado es el camino que debemos seguir para que progresivamente lleguemos a ser como nuestro Señor, manifestando Su Vida en nuestra propia vida, ya no viviendo nosotros a expensas del viejo hombre, sino por medio de Su Vida divina.

Ubicarnos como verdaderos discípulos del Señor es el inicio del camino de la transformación. Al ver La Escritura, el Señor quiso que todos nos convirtiéramos en Sus discípulos. El Señor nos muestra en los evangelios a quienes considera como verdaderos discípulos; para Él, los discípulos son aquellos que tienen la visión de llegar a ser como Él, y por lo tanto, aceptan estar en una firme comunión con Él, y están dispuestos a que Dios desmantele todos los programas emocionales de felicidad que le dan vigencia a su viejo hombre.